

dente calidad del conjunto y el ya comentado acierto metodológico. Es un punto de partida, para historiadores o no, y de reflexión sobre un tema necesitado de estudios profundos, coherentes y actualizados. Estas afirmaciones no quieren ser, ni son, gratuitas sino, por el contrario, comprobables con la lectura atenta de la obra. Albergamos la esperanza de que no sea el último estudio de este tipo, como elemento de consulta obligada y auxilio metodológico de los universitarios.

Jesús MARTÍNEZ.

GÓMEZ FERRER, Guadalupe: *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*. Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1983, 462 páginas.

La importancia que en nuestra historia contemporánea tiene la Restauración, unida a la existencia de una documentación abundante, han hecho de ella un periodo bastante bien conocido hoy día. Su régimen político, los cambios sociales, las transformaciones económicas, los aspectos culturales se han abordado reiteradamente de forma global o parcial y desde perspectivas historiográficas diversas. No obstante, aún quedan aspectos inéditos, parcelas desconocidas, siendo notorio el vacío cuando transcendemos el marco de las grandes realizaciones, de los hechos heroicos, de los protagonistas con nombre propio. Detrás de éstos, como realizadores materiales y anónimos de aquellos, se encuentra esa masa de diecisiete millones y medio de españoles cuyas inquietudes, pensamientos, escala de valores, deseos, frustraciones... nos resultan desconocidas. Esta España que vive, esta España que vibra, que siente y padece, ha sido, aún lo es, la gran olvidada de los investigadores del pasado. Esa «pequeña historia», como erróneamente se la ha llamado, es la que ha atraído a Guadalupe Gómez-Ferrer y la que ella ha aprehendido en toda su complejidad de formas, matices, situaciones. Y ello, arrojando las múltiples dificultades que la empresa ofrecía; en primer lugar, porque se introduce en un campo histórico —el de las mentalidades— relativamente moderno, lo que le ha obligado a elaborar, casi desde cero, un método de trabajo; en segundo lugar, porque utiliza una fuente —la novela realista— plena de datos sobre la época, pero datos que al pasar antes por la mente del autor-espectador están relatados según su «modo peculiar de ver las cosas reales». Limar esa perspectiva particular para quedarse con los hechos en sí es la tarea del historiador; tarea harto compleja que exige espíritu crítico y un conocimiento exhaustivo del período. La autora de las páginas que comentamos lo ha conseguido.

Toma como punto de partida la obra de Armando Palacio Valdés, novelista que centra su atención en la clase media, esa capa social que tan señalado papel juega en el mundo industrializado como equilibradora entre sectores antagónicos y a la que él mismo pertenece. En este sentido, el escritor asturiano resulta testigo de excepción, pero también lo va a ser en otros aspectos, pues como hombre que vive su época, don Armando nos dejará en su obra retratos de la clase alta y de la trabajadora, del ambiente urbano y del rural, de la vida de la gran urbe —Madrid— y de la provinciana; captará la realidad vital de sus personajes entremezclando la vida pública y privada en los casos que así sea; recogerá las transformaciones que están ocurriendo en la sociedad restaurada; nos hablará de las desilusiones que provocan los dirigentes, de los temas que preocupan a los españoles, etc.

Partiendo de esas circunstancias, retratos, cuadros de género que recogen las novelas valdesianas, la profesora Gómez-Ferrer emprende la tarea de llegar

a la realidad histórica. Previamente, en las dos primeras partes, nos ha hablado del marco ideológico-cultural-social de la España canovista y ha hecho una semblanza del autor, deteniéndose en su evolución personal, que se verá reflejada en la estructura de sus obras. La tercera parte, bloque central del estudio, la constituye el análisis minucioso de los personajes que aparecen en la obra de Palacio Valdés, agrupados por clases sociales. Mas como el objetivo del trabajo no es el individuo en sí, sino en tanto que representante de las distintas capas de la sociedad, la autora además del quién es y cómo actúa cada uno, nos describe el medio ambiente, la escala de valores, el ritmo de vida, las ambiciones y anhelos que tiene cada grupo y de los que el personaje es un mero portavoz.

Primeramente, nos aparecen «los que mandan», élite social que engloba al noble de viejo cuño —con espíritu de casta y atávico comportamiento— con el reciente —de actitudes más abiertas— y la alta burguesía financiera, mercantil, industrial o política, signo de los tiempos. Dentro de ella, nos aparece la figura del indiano enriquecido, que en cierto modo es el contrapunto del grupo. Diversidad de tipos y situaciones no impide que haya rasgos comunes que los unen: deseo de vivir ociosamente e importancia dada a las relaciones sociales. Para ellas existen el club, los paseos, el Teatro Real, las tertulias. Atentas a la vida exterior, con un horizonte cultural mínimo, estas élites son incapaces de cumplir con su misión dirigente y sembrarán la desconfianza entre el electorado.

Las clases medias, por su parte, con tipología más heterogénea, límites imprecisos y estructura fluctuante, son un grupo que está tomando conciencia de sí mismo. Incluyen al profesional liberal, al funcionario, al empleado, al comerciante, al industrial, al rentista medio y a la mayor parte de los clérigos. Su ideal de vida es el ocio de las capas superiores y, en consecuencia, lograr una seguridad material que lo permita. Para ello, «el orden, la economía y el ahorro» se convierten en normas intocables de comportamiento, junto con el vivir «decorosamente», es decir, sin violar los principios tácitamente admitidos de autoridad paterna, honra y honor. También esta mesocracia tiene sus lugares de reunión: cafés, casino, misas, fiestas patronales... y las reuniones familiares, donde no pocas veces se acuerdan matrimonios en los que se tiene muy en cuenta la renta masculina o la dote femenina.

En cuanto a las clases populares, aunque Palacio Valdés les da tratamiento secundario, la autora del libro que comentamos no obvia su estudio. Distinguiendo el mundo urbano del rural, nos presenta varias figuras dentro de cada uno: artesanos, subalternos, mineros, mozos, criadas, etc. De la descripción de estos mundos falta el tema del proletariado y de la lucha de clases, como señala Guadalupe Gómez-Ferrer; quizás por ello, don Armando define a las clases populares urbanas como ejemplo de sencillez, espontaneidad, alegría, generosidad, contraponiéndolas a las clases dirigentes. El mundo rural es visto primero bajo criterios naturalistas, más tarde éticos políticos; el resultado es un universo del que están ausentes la miseria y la pobreza, las fatigas y los agobios que en la realidad existían.

En suma, un trabajo el de la profesora Gómez-Ferrer en el que con gran rigor metodológico se nos acerca la «sociedad viva» de la Restauración y que deja bien claro cómo el historiador tiene en la producción literaria una fuente inagotable de datos para llegar a conocer a ese españolito que individual y cotidianamente, compartiendo criterios de su clase, contribuye a configurarla y a que sucedan esos acontecimientos que pasarán a la posteridad ensombreciendo su presencia, reduciéndolo a ser uno de los millones de habitantes que se nos dice existían en ese momento.

Rosa María CAPEL MARTÍNEZ.